

Sondeos arqueológicos en las calles del Veguer, «dels Brocaters» y «Baixada de Santa Eulàlia»

por J. de C. Serra-Ràfols y Ana M.^a Adroer

EN el número VIII de estos «Cuadernos», dábamos cuenta resumida de las excavaciones arqueológicas realizadas por el Museo de Historia de la Ciudad durante parte de las Campañas XXIV y XXV, correspondientes a los años 1964 y 1965.

Como ya subrayamos allí, aparte las excavaciones propiamente dichas, previamente planificadas y estudiadas, el Museo —en estrecha colaboración con los servicios de Edificios Artísticos y Pavimentación de la Vía Pública— acude a cuantos lugares se realizan obras en el casco antiguo de la Ciudad, con el fin de vigilar el posible hallazgo de restos romanos y medievales que puedan tener un interés para la historia de la misma.

Vamos a dar cuenta de tres trabajos de esta índole que han tenido lugar en las calles del Veguer y «dels Brocaters», y en la «Baixada de Santa Eulàlia».

I. SONDEOS EN LA CALLE DEL VEGUER

Cerrando la campaña XXV, en noviembre de 1965 se efectuaron unos sondeos en la calle del Veguer, aprovechando los trabajos de pavimentación que allí habían de realizarse. Esta calle va desde la plaza del Rey a la antigua «Baixada de la Presó», rotulada ahora como «Baixada de la Llibreteria».¹ El interés de la excavación residía en la posibilidad de des-

1. Este tramo de calle antiguamente se consideraba como una prolongación o parte de la Plaza del Rey. Bajo este nombre aparece, por ejemplo, desde planos antiguos, como el de Oliva de 1840 (reproducido por CARRERAS CANDI en la lámina junto a la pág. 848 de su

cubrir una nueva área de los baños, o del edificio que contenía unos baños, puesto a la luz del día en 1931, al abrir las cimentaciones para situar allí la casa Padellás.

La piscina de agua fría, un frigidario de los expresados baños,² está lindando con la calle del Veguer, y dispuesta paralelamente a él, y allí existen (bien visibles en la planta subterránea del Museo) los cuatro escalones de descenso a la indicada piscina, por lo que podía esperarse descubrir la estancia que los precedía. Pero los resultados de los sondeos efectuados han sido casi totalmente negativos. El muro de la fachada del Museo o Casa Padellás cortó el pavimento de dicha estancia, pero esto no habría sido ninguna pérdida grave si se hubiese prolongado ampliamente más allá de la zona que hubo de ser necesariamente destruida en 1931. Pero a poca distancia, ante la puerta principal del Museo, el pavimento, un piso testáceo de 12 a 15 cm. de grosor, formado de mortero, de cal y cerámica machacada, aparecía en forma de grandes fragmentos rotos y hundidos, hasta el punto de aparecer algunos de ellos casi verticales, como puede apreciarse en la figura 1; pero siempre tratándose, no de fragones sueltos procedentes de otro lugar y allí caídos o depositados, sino de trozos del mismo piso cuyas roturas se podía apreciar casaban perfectamente, y por lo tanto un conjunto hundido y alterado, pero «in situ». De esto nació la sospecha de tratarse de restos de la prolongación hacia esta zona del piso que, en la plaza del Rey, recubría las tumbas de tejas y de ánforas descubiertas allí por encima del nivel básico inferior de ruinas romanas (de todas maneras romano-tardías, es decir, restos no de la ciudad que hemos llamado en otras ocasiones «monumental» de los siglos I-III, sino de la reordenación urbana posterior [¿o contemporánea?] a la construcción de la muralla). Con todo, tal como se deduce de la publi-

obra *Ciutat de Barcelona*) hasta otros modernos, como el de la *Guia Pics* de 1929. La diferenciación se impuso al efectuarse el traslado de la casa Clariana o Padellás de la calle de «Mercaders» a este lugar, para domiciliar en ella nuestro Museo de Historia de la Ciudad. Desde el punto de vista topográfico la separación de las citadas calle y plaza queda exactamente determinada por el saliente del edificio del Museo, por lo cual la distinción de nombre entre ambas partes queda ahora perfectamente justificada. Se escogió para bautizarla el nombre de calle del Veguer, en recuerdo de la existencia pretérita del edificio de la *Cort del Veguer* derribado hacia mediados del siglo pasado, y que se elevaba en el espacio ocupado actualmente por casas de vecindad entre el Museo y la «Baixada de la Llibreteria», hasta hace poco «Baixada de la Presó». Recordemos que estas casas han sido adquiridas recientemente por el Ayuntamiento para la futura ampliación del Museo.

2. Véase DURÁN Y SANPERE, *Vestigios de la Barcelona romana en la Plaza del Rey*. Ayuntamiento de Barcelona, Instituto de Historia de la Ciudad, Barcelona 1944.

cación de los hallazgos de la plaza del Rey,³ esta necrópolis, que cronológicamente debe centrarse en los tiempos visigóticos, no parece se prolongase en esta dirección, ya que las tumbas descubiertas a mayor proximidad quedan a unos 10 m., y en los trabajos de Durán y Sanpere,

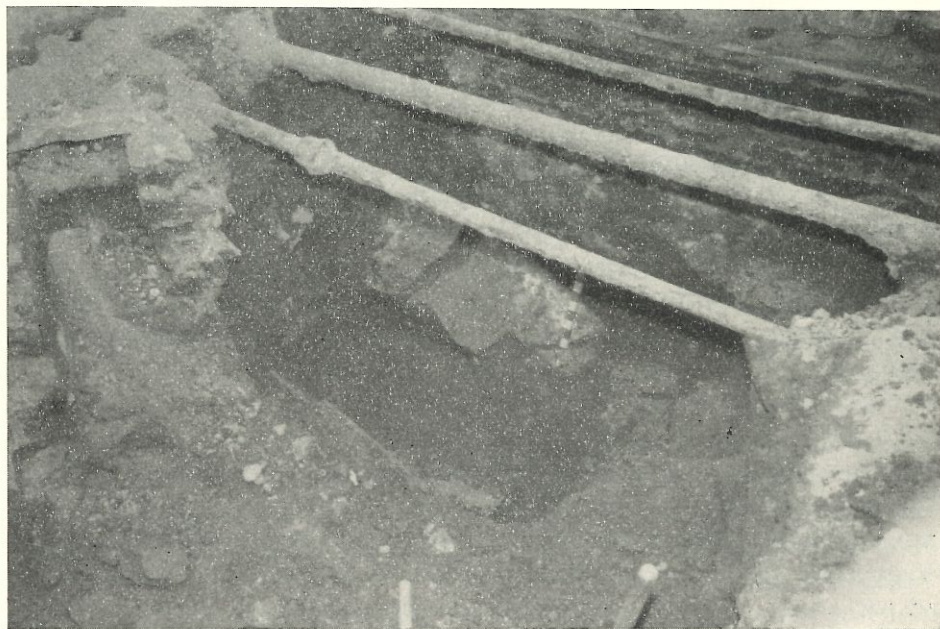


Fig. 1. — Cata en la calle del Veguer, pavimento hundido y roto en forma de grandes fragmentos

como tampoco en los posteriores, no se descubrió ninguna en la zona de los baños, como tampoco en ella se habla de resto alguno del citado piso, que en la Plaza del Rey venía, como si dijésemos, a «sellar» la necrópolis. Además, aunque ambos pisos vienen a quedar a un nivel semejante, y se trata de pisos de hormigón de tiestos, no tenemos la seguridad que sean exactamente iguales. Pero aquella sospecha nacía de la forma como aparecía hundido el piso, como si debajo del mismo hubiese existido un hueco, como lo representan en último término las sepulturas de cualquier clase. Pero una vez retirados los citados fragmentos, y excavado por de-

3. DURÁN Y SANPERE, obra citada.

bajo de su nivel, no se descubrió resto alguno de sepultura ni tampoco otra hoquedad que explicase, por lo menos a nuestros ojos, su posición. La tierra subyacente, fuertemente apisonada, contenía apenas algunos pequeños fragmentos indeterminables de cerámica romana, lo que de todas maneras demostraba que el piso se tendió sobre una capa de tierra no virgen, cuya potencia era de unos 60 cm., debajo de la cual aparecía la tierra firme. Parece indudable que esta tierra, acaso reblandecida y excavada por alguna corriente de agua, cedió y dio lugar al hundimiento del piso.

Excavando en dirección al centro de la calle, bien pronto unas alcantarillas ya en desuso y otras más modernas, cortaban los restos antiguos y hacían desvanecer la posibilidad de nuevos hallazgos, ya que nos acercábamos a la línea de las casas fronterizas a la fachada del Museo.

En otro sondeo realizado en el extremo de la calle junto a la Plaza del Rey, apareció un pozo revestido con sillarejo de piedra hasta la profundidad de 2,70 m., muy regular, con un diámetro de 85 cm., de época medieval. Es del mismo tipo de otro existente en el interior de la casa n.º 9 de la misma calle, que es la que está ante el Museo, donde se encuentra instalada una tienda de antigüedades que alberga un subterráneo de época indeterminada (probablemente medieval), y en el fondo del mismo, o sea en el lugar más alejado de la fachada recayente a la calle del Veguer, se abre un pozo, también cilíndrico y revestido de sillarejo en su parte alta, y cuyo diámetro es de 80 cm. Ninguno de estos pozos contiene agua actualmente, pero no aseguraríamos no hubiesen alcanzado en otro tiempo capas freáticas actualmente desaparecidas. Es posible que en esta modificación de los trazados de estas venas acuáticas y su cambio de nivel se pueda encontrar la explicación del hundimiento del piso romano descrito.

Se realizaron dos sondeos más, uno frente a la calle «dels Brocatters» y otro más allá, junto a la «Baixada de la Llibreteria». En los dos se excavó hasta llegar a la tierra virgen, el denominado «tortorà» de la terminología local de los trabajadores, incluso forasteros, que lo han aprendido de los indígenas. La profundidad de esta capa de arcillas endurecidas era de 1,40 y 1,50 m., respectivamente. Las capas cruzadas no ofrecían ninguna característica especial, sólo se podía afirmar su remoción con mezcla de los escasos fragmentos de cerámica, moderna y medieval, que contenían, y sus coloraciones pardas oscuras, determinadas por elementos humíferos más o menos abundantes.

2. SONDEOS EN LA CALLE «DELS BROCATERS»⁴

A comienzos del año 1966, y coincidiendo con el inicio de la XXVI Campaña Arqueológica municipal, se hicieron unos sondeos en esta estrecha calle, que es perpendicular a la del Veguer, en la que comienza, terminando por el extremo opuesto en la de la Frenería, que resulta aproximadamente paralela a la del Veguer. La pendiente de la calle es en dirección a esta última. Fue la obra municipal de nueva pavimentación la que determinó la apertura de nuestros sondeos arqueológicos, el resultado de los cuales fue también muy pobre.

Observemos que recorre la calle en toda su longitud, que es sólo de 20 m., una cloaca cuya época no hemos podido determinar, pero creeríamos obra del siglo pasado, posiblemente sucesora de otra más antigua.

Se realizó una primera cata en lo alto de la calle, junto a la Frenería, hasta llegar en parte al «tortorà», con la sola aparición de cerámicas diversas muy fragmentadas, entre ellas trozos de tégula. En parte de la zanja abierta, en su base, apareció una gran bolsa de arena, completamente limpia de restos de industria humana. Hemos observado la presencia de bolsas semejantes en otros lugares de la ciudad antigua; por ejemplo, en la calle de la Tapinería, a unos 4 m. de distancia de la muralla, entre las torres núms. 8 y 9, en la Plaza de Montcada, ensanchamiento de la calle antes de alcanzar el ábside de Santa María del Mar, en la Plaza del Angel, junto a la boca del «Metro» (donde parecía asociarse a una capa de tierra amarillenta muy compacta). Nuestra competencia en la materia es limitada, pero acaso tales bolsas podrían explicarse por la existencia de cursos de agua que discurrían en épocas anteriores al poblamiento del llano de Barcelona y que determinarían remansos en los que se acumularían arenas arrancadas de las formaciones geológicas que rodean el llano, aunque en estas zonas predominan las pizarras.

Al final de la calle, junto a la del Veguer, se realizó otra cata, y a 1,20 m. del nivel de la calle aparecieron dos piedras de grandes dimensiones (75 × 57 y 75 × 84, con 50 cm. de altura) juntas, en la unión de las

4. Según nos dice nuestro ilustre maestro don Agustín Durán y Sanpere, el verdadero nombre de esta pequeña calle sería «dels Broquers», es decir, de los fabricantes de «broques» (cast. brocas), instrumentos de usos muy variados en la artesanía y la industria y de formas diversas dentro de los cilindros de metal, y no «dels Brocaters», o fabricantes de brocados, o sea tejidos de seda con hilos de oro y plata.



cuales se había abierto un brocal circular de 57 cm. de diámetro, que parecía ser la boca de un pozo o el amplio sumidero de una alcantarilla. En el interior del mismo aparecía tierra húmida muy descompuesta, pero no se profundizó en ella. Al levantar las piedras se hallaron fragmentos de *tegulae* y restos de cerámica medieval y moderna.

Una tercera cata, realizada en el centro de la calle, frente al callejón denominado de Segovia, no dio mayor resultado. Solamente en uno de los ángulos aparecía un hoyo que parecía se hubiese rellenado con materiales de deshecho —se hallaron numerosos fragmentos de cerámica medieval.

Tales fueron los pobres resultados alcanzados, que, como en la calle del Veguer, no justificaban una excavación total del área de la calle. En general, hemos observado que debajo de las zonas edificadas los restos antiguos se han conservado mejor que bajo las calles, sin que dejen de existir excepciones, que suelen, empero, poder explicarse por motivos especiales, como es el caso de la Plaza del Rey, que en realidad es como un patio interior, o la calle de los Condes de Barcelona, donde la existencia de las sucesivas catedrales barcelonesas ha determinado disposiciones complejas que se apartan de lo común.

3. SONDEO EN LA «BAIXADA DE SANTA EULÀLIA»

Fue recibida con interés la noticia de que el Ayuntamiento había incluido en su plan de renovación de las alcantarillas de la ciudad antigua las correspondientes a la «Baixada de Santa Eulàlia», irregular y estrecha vía que, como prolongación de la calle de «Sant Sever», va a terminar, después de un descenso bastante acentuado que justifica su nombre de «baixada» (observemos una vez más que las calles que irradian del antiguo núcleo romano, más elevado, se denominan siempre «baixades» y no «pujades», bautizadas por los que habitaban en esta parte antigua que, al salir de la misma, bajaban y no subían), en la calle «dels Banys Nous», una de las que dibujan el óvalo de la ciudad romana determinado por el trazado de la muralla. Este interés en poder hacer una exploración en esta calle derivaba de dos hechos: primero, el resultar seguro que cortaba la muralla, de la que cabía la esperanza de conservarse algún resto, como acontece en otras partes en las que tampoco exteriormente se ve nada de ella, y segundo, en la noticia proporcionada por Carreras Candi (siempre

hay que citar el nombre del ilustre historiador de la ciudad), del hallazgo de un mosaico romano hacia este lugar.

Este segundo hecho, bien analizada la noticia, resultaba muy dudoso llevase al redescubrimiento de esta interesante pieza musiva. En efecto, dice Carreras (*Ciutat de Barcelona*, p. 92): «...el mosaic de la “baixada” de Santa Eulàlia també indica que, per aquell costat, la població s’estengué més cap a l’Oest. L’actual coneixement de la interessant obra musiva romana el devem a l’intelligent arqueòleg i arquitecte Elies Rogent, el qual n’ha deixat còpia fidel en minuciosa i artística aquarella. Al mateix temps ha perpetuat el record que la muralla venia damunt d’aquest paviment. Fet, la importancia del qual no s’amagarà a ningú, per donar-nos a comprendre ésser major l’àrea de la ciutat abans de la construcció de dita muralla», especificando lo siguiente en la nota 127: «La làmina policromada que va anexa al present text, donarà dèbil idea del que era tan interessant obra musiva que, malauradament, *fou tornada a colgar pel propietari, en el mateix lloc on apareguè*. Està minuciosament feta, mercès a la còpia policromada que es guarda en el Museu Municipal de Barcelona, obra del predit arquitecte Elies Rogent, al qual Museu l’ha regalada el seu fill Josep», y reiterando en la leyenda al pie de la lámina citada, que «per damunt del qual (del mosaic) hi passava la línia de les muralles».

De lo dicho se deduce claramente que el mosaico no se hallaba en la calle, puesto que se habla de un propietario que ordenó volverlo a enterrar, cosa que no acontecería si hubiese sido descubierto en la vía pública, propiedad en todo caso del Ayuntamiento. Pero siempre cabía la posibilidad de descubrir algún resto de pavimento relacionado con él o perteneciente a la misma morada. Claro que la calle es extremadamente estrecha —2,60 metros— y, por lo tanto, el espacio cuya posibilidad de estudio existía era muy reducido. Además, había el peligro que la cloaca que precisamente se iba a substituir, discurriese a mucha profundidad y al construirla se hubiesen destruido todos los restos antiguos existentes.

Los trabajos resultaron completamente negativos en todo lo que se relaciona con este mosaico. Debió estar, y si la noticia de Carreras es exacta, como es probable, debe seguir estando, debajo de una de las casas limítrofes, nos inclinaríamos a pensar que debajo de la situada a la izquierda, entrando por la calle «dels Banys Nous» o casa Puig, pues la de la derecha parece no haber sufrido remociones desde la fecha a la que puede referirse el hallazgo, fecha por otro lado imprecisa, pero que podemos

situar hacia el último tercio del siglo XIX (Rogent, nacido en 1821, murió en 1897). La de la izquierda parece haber sido, por lo menos, reformada en unos tiempos relativamente modernos y que podrían situarse hacia aquella fecha. Esta investigación, digamos documental, podría seguramente precisarse mediante la consulta del Archivo municipal administrativo, sección de obras, y una revisión de la prensa de la época, en la que es muy posible encontrarse eco el hallazgo. Confesamos no haber emprendido ninguno de estos trabajos.

Por otro lado, es interesante observar que si el mosaico estaba debajo de la muralla, es decir, si la muralla discurría realmente por encima de él, aquélla debió ser destruida hasta sus cimentaciones, ya que de otro modo no habría sido descubierto. Pero lo más probable es que la porción descubierta y publicada estuviese *junto a la muralla*, y que se observase se prolongaba por debajo de ella, algo semejante a lo que acontece con el mosaico descubierto bajo los cimientos de la catedral gótica (existente y visible en los subterráneos del Museo de Historia de la Ciudad), del que se ha puesto a la luz la parte que queda fuera de dichos cimientos, al tiempo que se comprobaba se prolonga por debajo de ellos. O como pasa con el pavimento de la basílica paleocristiana, que se prolonga por debajo de las mismas cimentaciones catedralicias, tal como se sospechaba fundamentalmente al descubrirlo, y se ha comprobado en las excavaciones de dicha basílica efectuadas estos últimos años.

La lámina en la que Carreras reproduce el mosaico en cuestión no lleva escala, de manera que no sabemos cuáles eran sus dimensiones. Hemos intentado, sin éxito, encontrar la acuarela original a la que se hace referencia como donada al «Museo Municipal de Barcelona», pero no hemos conseguido localizarla. Al Museo Arqueológico, al segregarlo en 1932 de los antiguos Museos de Arte y Arqueología, pasaron las piezas arqueológicas existentes en éstos, como también a su biblioteca los libros sobre la misma disciplina que era fácil desglosar de la biblioteca de los primeros, según inventario que se redactó, pero no documento ni papel alguno, de manera que es posible se conserve en los archivos de aquellos museos o entre sus colecciones de grabados.

Pero si en este sentido los trabajos en la «Baixada de Santa Eulàlia» no dieron resultado, fueron interesantes por lo que se refiere al estudio detallado de la muralla. En primer lugar hemos de expresar, como siempre, nuestro agradecimiento a los servicios de Edificios Artísticos y Arqueológicos del Ayuntamiento y a sus arquitectos señores Solá Morales

y Ros y, además, en esta ocasión, al arquitecto don Francesc de P. Cardoner i Blanch, al que se deben los detallados y perfectos planos y alzados que publicamos, y cuya ayuda nos ha sido utilísima.

La «Baixada de Santa Eulàlia» es una pequeña calle orientada aproximadamente de Este a Oeste, cuya longitud es casi exactamente de 40 m., con una anchura irregular que oscila entre 2,50 y 3,75 m., con pendiente bastante pronunciada en dirección a la calle «dels Banys Nous», ya que el desnivel que salva es de 3,70 m., es decir, que la pendiente es casi del 10 por ciento.

Ya se podía afirmar que la existencia de esta «Baixada» no se remontaba a los tiempos de la erección de la muralla romana, puesto que ésta la cruzaba sin que hubiese sospecha de existir en este sitio ninguna puerta (podía empero haber una poterna como la observada junto a la torre 24), quedando el lugar entre la puerta de la «Plaça Nova» (la «porta Bisbal», la puerta decumana de la planimetría erudita y teórica) en el extremo del «carrer del Bisbe», y la de la terminación de la calle del Call, que en realidad estaba algo desplazada hacia la calle de Fernando, y de cuya situación es un recuerdo el entrante existente a la izquierda, en el comienzo de la calle de Avinyó, entre «els quatre cantons del Call», formados por el cruce «dels Banys Nous» con Boquería, Call y Avinyó, y la moderna calle de Fernando.

En la «Baixada de Santa Eulàlia» se había situado un lienzo de muralla entre dos torres, al trazar los planos modernos con la disposición del recinto romano, especialmente el plano Florensa, que es un precioso documento de conjunto, el mejor instrumento de trabajo de que disponemos, y sobre el que hay que ir situando los datos derivados de los estudios obtenidos en las excavaciones arqueológicas municipales en curso.

Fue en busca de restos de este lienzo que se verificaron nuestros trabajos. En primer lugar se apreció que la alcantarilla existente, a la que iba a sustituir otra moderna, era muy superficial, sin que ningún punto ahondase más de 75 cm. La que estaba proyectada, formada mediante una tubería de cemento, había de ir algo más profunda, sin pasar gran cosa de 1 m. Así, pues, se ahondó por debajo de aquélla a medida que se iba sustituyéndola por los citados tubos.

En un punto situado a 20,50 m. de la esquina con «Banys Nous», a 1 m. casi exactamente de profundidad, se descubrió un gran sillar (A de los planos) de 1,60 m. de longitud, bien asentado y perfectamente horizontal. Su situación no correspondía al punto de cruce de la muralla con la

calle, fijado hipotéticamente en el citado plano, punto situado a 29 m. de la esquina de «Bany's Nous». Al profundizar se apreció que la altura del sillar era de 60 cm. y que debajo del mismo aparecía otro semejante. No cabía duda de que estábamos ante la muralla. Había que averiguar cuántas eran las hiladas subsistentes. Para ello se abrieron sendos pozos de exploración a ambos lados de los sillares (figs. 2 a 5).

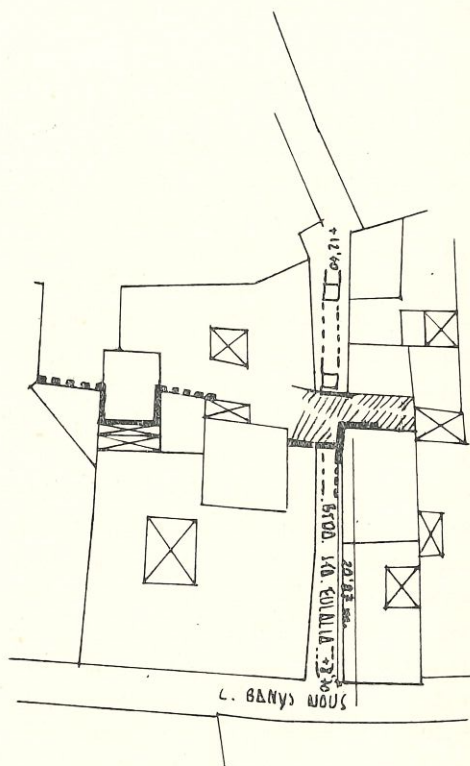


Fig. 2. — Plano de situación de los hallazgos de la «Baixada de Santa Eulàlia»

El pozo número 1. — Mientras por el interior de la muralla aparecía seguidamente el clásico hormigón tan conocido, de lo que nos ocuparemos luego, por el exterior se descubrieron hasta cinco hiladas de sillares, con una altura total de 2,74 m., las cuatro primeras colocadas en la misma línea vertical, y la última proyectándose hacia el exterior mediante un

saliente de 8 cm. Estábamos al pie de la muralla (de la que nunca pensamos se conservase una altura tan considerable, superior a la de otros sectores mucho más visibles). Salientes semejantes han sido señalados en muchos otros lugares, formando como un basamento, mientras en otras

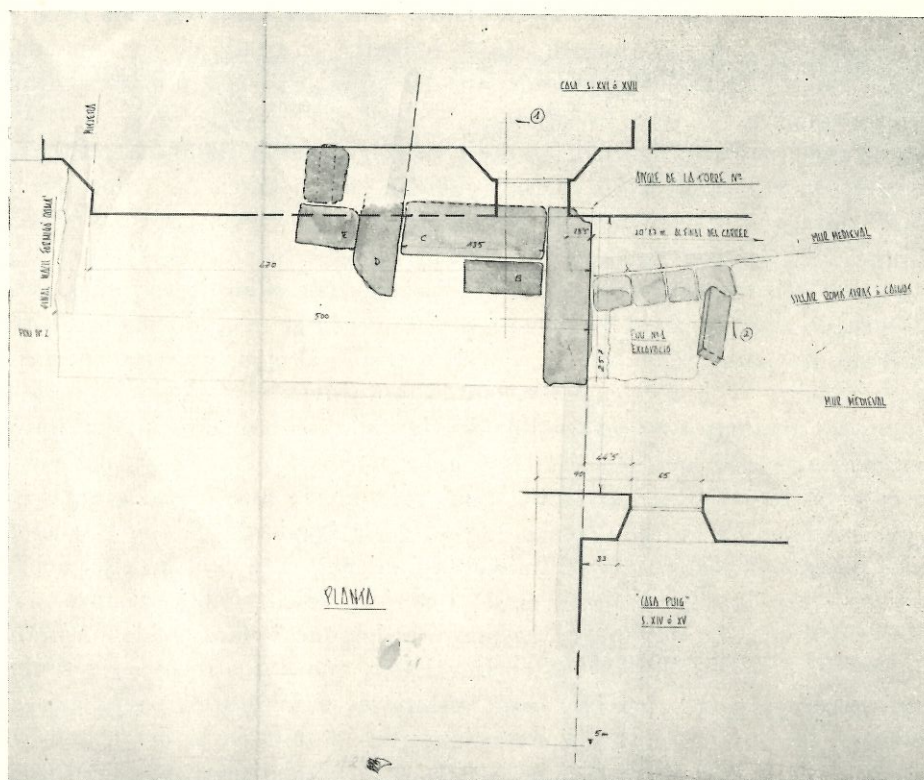


Fig. 3. — Plano del sondeo de la «Baixada de Santa Eulàlia»

partes, especialmente en las torres, con frecuencia, como sabemos, para esta misma finalidad se aprovecharon cornisas y otros elementos arquitectónicos procedentes de edificaciones derruidas.

Debajo, proyectándose irregularmente hacia el exterior unos 20 cm., apareció una masa de hormigón, que por este lado no fue posible explorar totalmente hasta el fondo, ya que el pozo abierto, formando un cuadrángulo de sólo 80 por 90 cm., se llenaba continuamente de agua, proce-

dente de la parte izquierda de la calle (entrando en ella por «Bany's Nous»). Esa infiltración de agua determinaba además que la tierra de este lado fuese en realidad fango, que se escurría y hacía peligroso el trabajo en el pozo, apesar de las sustentaciones de madera colocadas, e impedía, además, ensanchar el pozo hasta el pie de la vieja y elevada casa colindante (las casas de esta calle son de cinco plantas y de una altura de unos 16 m.), distante sólo 1 m., ya que además se ignoraba el estado de sus cimentaciones, como también la procedencia del agua, que era preciso achicar continuamente.

Por el extremo opuesto, es decir, por la derecha, tampoco resultaba posible ensanchar el pozo (y consignamos esos detalles para que quede bien claro que se hizo todo lo posible, ya que, a veces, las cosas vistas cómodamente desde un despacho, toman un aspecto mucho más simple), pues por allí apareció un doble muro formado por sillarejos de unos 17 a 20 cm. de alto por 32-36 de ancho y otro tanto de grueso, sujetos mediante mortero de cal y arena, que se adosaban el uno al otro, y corrían perpendicularmente al muro romano y, por lo tanto, paralelos al eje de la calle (de todas maneras con una sensible desviación). El coronamiento del muro, situado más a la derecha, apareció a la profundidad de 2 m. del pavimento de la calle (por lo tanto, 1 m. más hondo que la parte superior conservada de la muralla romana), y el de la izquierda, adosado al anterior, formando como un revestimiento del mismo, cosa de 1 m. más hondo todavía. Por la parte baja, el muro exterior, único visible, alcanzaba el hormigón romano del pie de la muralla del que hemos hablado. Estos muros parecen ser de factura medieval (sin que nos atrevamos a darles una cronología más precisa), son posteriores a la muralla a la que se adosan, no podían ser las cimentaciones de la casa de la derecha de la calle, ya que, como hemos dicho, no guardan paralelismo con ella. Juzgamos pertenecen a una casa anterior a ella, probablemente también anterior a la existencia de la calle, y que se adosó a la muralla cuando ésta carecía ya de valor militar, al haber quedado rebasada por las construcciones ciudadanas. No se podía pensar en quitarlos, ya que con ello se corría el peligro de afectar la estabilidad de la citada casa de la derecha (números 18 «dels Bany's Nous» y 2 y 4 de la «Baixada»), cuya línea de fachada quedaba a bien escasa distancia (40 a 50 cm. de la parte exterior del muro interno).

Ningún otro dato se podía obtener de este pozo, que los había proporcionado suficientes al darnos la altura conservada de la muralla, ya que

no era posible ensancharse hacia la derecha o la izquierda. En el frente, en dirección a «Bany's Nous», se descubrió un sillar romano caído (medía $1,05 \times 1 \times 0,50$ m.), que de seguro perteneció a la muralla, y no podía avanzarse más en esta dirección por estar ya colocada allí la nueva tubería de la cloaca y su base de cemento portland. Tenemos la sensación que los

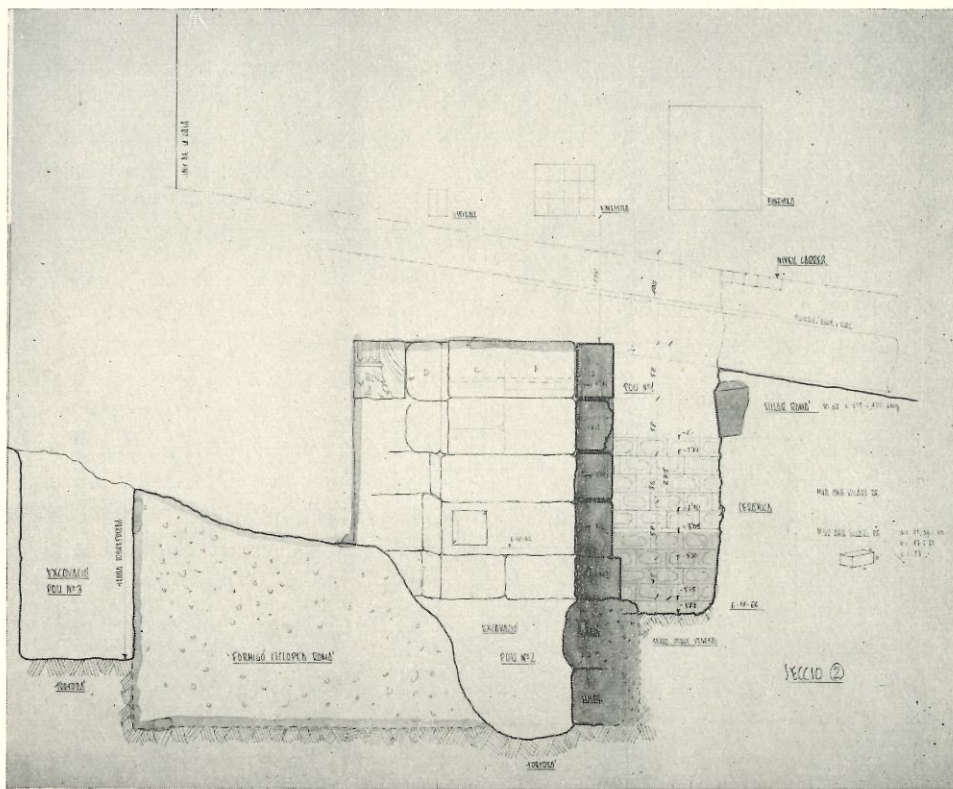


Fig. 4. — Sección longitudinal del sondeo de la «Baixada de Santa Eulàlia»

citados muros medievales pertenecen al exterior de una morada, cuyos restos han de quedar debajo de la casa que hace esquina entre la «Baixada de Santa Eulàlia» y «Bany's Nous», a la derecha, entrando, por la última calle citada (con los citados números 2 y 4, de la primera, y 18, de la segunda).

El pozo número 2. — El pozo de exploración abierto al otro lado de la cortina de sillares descubierta, es decir, en el macizo o núcleo de la

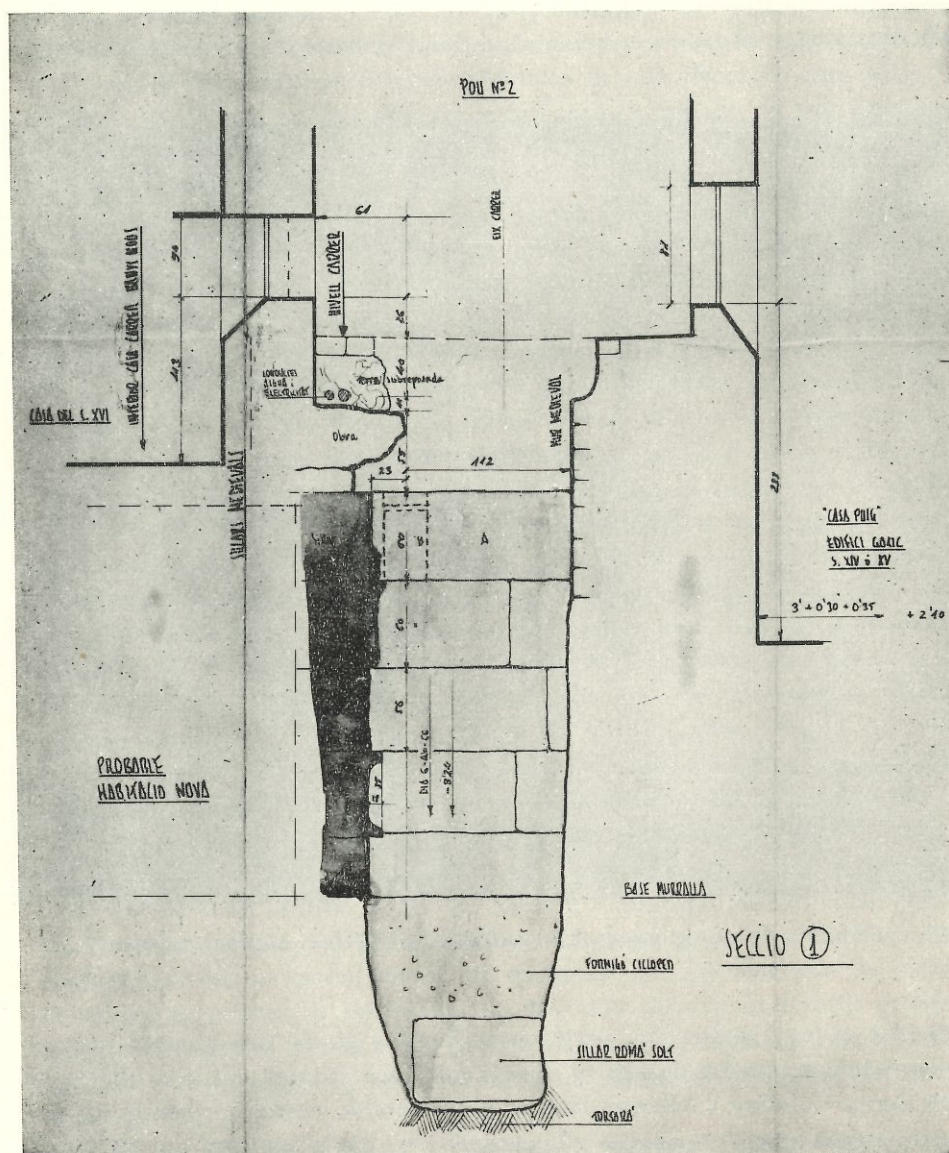


Fig. 5. — Sección transversal del sondeo de la «Baixada de Santa Eulàlia»

muralla, presentó menos dificultades, aunque su perforación requiriese más tiempo, por la acostumbrada dureza del material. Pero por allí, como es natural dada la presencia de dicho núcleo, no había filtraciones de agua, temor de deslizamientos de tierras, ni peligro de perjudicar las cimentaciones de las casas vecinas, sólidamente asentadas sobre un basamento inmovible como es la muralla.

Pero pronto se presentó la primera sorpresa. Por la derecha, siempre viniendo de la calle «dels Banys Nous», apareció una línea de sillares perpendicular a la línea de frente descubierta en el pozo anterior externo. Como sea que en la muralla barcelonesa no existe un solo ejemplo de hiladas internas de sillares que enlacen sus paramentos exterior e interior (cosa que acontece en otras murallas), práctica que aquí era absolutamente innecesaria, dada la estructura y solidez del núcleo interno, se dedujo inmediatamente que estábamos en el ángulo de una torre, el ángulo derecho vista la torre desde el exterior del recinto. Esta suposición pudo comprobarse fácilmente al descubrirse tierra, y no mortero, al otro lado de la citada línea de sillares, aunque sólo se pudieron explorar algunos puntos aislados, ya que las cimentaciones de la casa de la derecha (con los números mentados antes) se asentaban directa y exactamente sobre dicha cortina. Ello impidió determinar, de manera exacta, cuál era el saliente de la torre, ya que dudamos que el sillar D del plano, que interiormente hacía un saliente de 40 cm. (tales salientes internos, en los sillares de los paramentos exteriores de la muralla y torres, son frecuentes en la obra barcelonesa, y tenían por objeto enlazar más sólidamente dichos paramentos con el núcleo interno), se prolongase hacia el exterior, en la forma que, hipotéticamente, se consigna en el plano, ya que en este caso el saliente de la torre sería solamente de 1,90 m., cuando lo normal es que sea de algo más de 3 m. Estimamos que la línea de la muralla ha de arrancar algo más allá del sillar E del plano.

Tenemos, pues, que en un lugar donde los estudios globales situaban un lienzo de muralla había una torre, y ello era otra prueba del trazado «moderno» de la «Baixada de Santa Eulàlia», ya que nunca una calle «antigua», que delatase en una forma u otra una disposición urbanística anterior o contemporánea a la construcción de la muralla, habría quedado bloqueada por una torre. Si la tradición, ciertamente no popular sino erudita (las tradiciones propiamente populares nunca remontan a tal antigüedad, pero a veces las eruditas se fundamentan en ellas en alguna forma), de que la mártir barcelonesa (en el bien supuesto que no sea un



«desdoblamiento» de su homónima emeritense) hubiese pasado por este lugar, quedaría nuevamente desmentida, si es que ello hiciese falta.⁵



Fig. 6. — Capitel cúbico de ángulo descubierto en los trabajos de la «Baixada de Santa Eulàlia»

5. Un último destello, erudito y poético, de esta tradición, son los versos de Verdaguer, que se han reproducido en un panel de azulejos colocado al pie de una hornacina que contiene una imagen de la mártir, situada en la parte alta de la «Baixada» de su nombre, a la izquierda viniendo de «Sant Sever» y que dicen así: *Veient acostar les flames / també recula Dacià; / la tanca dins una tina / que té sagetes per claus, / tota encerclada de gla-*

La existencia de una torre en este lugar demuestra que estuvimos acertados, cuando uno de nosotros procedió a dar una numeración a las torres del recinto romano de Barcelona (con la única finalidad de facilitar la ubicación y cita de los detalles constructivos y de los hallazgos efectuados en los trabajos de excavación emprendidos a partir de 1959), y le pareció más conveniente dar el número 1 a la torre de la «Plaça Nova», correspondiente a la Casa de «l'Ardiaca», siguiendo después de derecha a izquierda, mirando el recinto desde el exterior, es decir, en el sentido de las agujas del reloj, a causa de las dificultades que se presentaban muy pronto si se hubiese avanzado en sentido opuesto. Ahora esta circunstancia fortuita de los sondeos en la «Baixada de Santa Eulàlia» ha podido precisar la posición de una torre en un lugar en el que, como hemos dicho, no se situaba ninguna en los planos de conjunto trazados anteriormente. Sólo estudios detallados permitirán, con el tiempo, determinar de manera exacta el número de torres del recinto barcelonés y la respectiva situación. De momento no puede darse un número a esta «nueva» torre, y sólo cabe llamarla «torre de la "Baixada de Santa Eulàlia"».

En su parte interna, en la parte alta conservada, en el ángulo derecho, se descubrió un sillar con aparente función de refuerzo del mismo, aunque poca podía ser su acción, ya que estaba asentado sobre el hormigón, aunque, como hemos dicho en otros lugares, este hormigón de piedras y mortero es más sólido que los sillares exteriores de arenisca, a pesar de la excelente calidad de esta piedra procedente de las canteras de Montjuïc. Este sillar era un basamento coronado por una moldura, y fue extraído y trasladado al Museo. El sillar E de la hilada superior conservada del saliente derecho de la torre era un bello capitel cúbico de ángulo (fig. 6) colocado invertido y cuyas dimensiones eran $55 \times 58 \times 48$ cm.

En la cuarta hilada (partiendo de lo alto), uno de los sillares presentaba una cartela excavada en él, de 36 cm. de lado y 7 de profundidad, posiblemente destinada a contener, encajada, una pieza de otra clase de material (¿acaso una inscripción en mármol?), o bien, si imaginamos el sillar puesto horizontalmente con la citada cartela hacia arriba, pudo servir de basamento a una columna de base cuadrangular, o ejercer otra función estructural parecida. Como siempre, estamos ante sillares procedentes del derribo de construcciones anteriores.

*vis / i ganivets de dos talls. / Baixada de Santa Eulàlia, / tu la veres rodolar / d'un abisme
a l'altre abisme / per aquells rostos avall, / deixant per rastre en les herbes / un bell
rosari de sang.*

En el frente interno de la torre fue posible llevar, en profundidad, la exploración en este pozo, más allá de las cinco líneas de sillares descubiertos por el exterior, apreciando que por debajo de ellos quedaba la masa de hormigón entrevista ya por el exterior tal como hemos dicho, y que tenía 70 cm. de alto, y debajo de ella todavía apareció un sillar de arenisca de 60 cm. de alto, que se asentaba sobre el «tortorà». Estimamos que el paramento exterior de la torre, visible cuando el muro estaba en función, terminaba en la quinta hilada, que, como hemos dicho, formaba un saliente de 8 cm., y que el resto son cimentaciones que quedaban enterradas.

En dirección opuesta «als Banys Nous», y a una distancia de 5,20 m. del frente de la torre, la masa de hormigón interno quedaba cortada (pozo número 3), sin que apareciese revestimiento alguno. Realmente cabe suponer que por este lado ha habido destrucción del muro, ya que éste normalmente, en una torre, sumando el grosor ordinario de la muralla propiamente dicha con el saliente de la torre, debería sobrepasar los 7 m., de manera que resulta probable falten unos 2 m., creencia que queda reforzada por la ausencia del revestimiento de pequeños sillares que suele tener la muralla por su parte interna.

Desde el punto de vista de hallazgos arqueológicos, la exploración, muy parcial, del macizo de la torre, reducida a menos de su décima parte, no dio resultado alguno, y habrá que terminarla en un futuro poco previsible en este momento, ya que puede contener tantas riquezas artísticas y arqueológicas como las demás del recinto.

Con todo tuvimos en cuenta esta posibilidad, y la de que llegue un tiempo en que lo ahora soterrado vuelva a la luz del día. Al tenderse la alcantarilla moderna por encima de la muralla romana fue preciso cortar parcialmente el sillar A de la misma, precisamente aquél que fue descubierto en primer lugar, solución que preferimos a arrancarlo totalmente. Luego, el pozo por nosotros abierto en la parte exterior de la muralla, fue preciso rellenarlo, no con tierra, sino con hormigón de cemento portland, cosa obligada por la fluidez de la tierra en la que había sido practicado. Pero esta masa de hormigón se habría pegado lamentablemente a los sillares de la muralla, para evitar lo cual se dejó entre ambos un espacio de 10 cm., que se llenó con tierra y arena. De esta manera, si un día se lleva a la realidad el proyecto de redimir todo el recinto romano, derribando las casas que a lo largo de los siglos se han ido adhiriendo o superponiendo a él, el frente de esta torre, en la parte descubierta ahora, no quedará

dañado por la obra efectuada en 1966. Era una precaución que podrá parecer excesiva, ya que aquel grandioso proyecto, si se lleva a término, será por obra de otra generación que no la nuestra, pero, no siendo costoso hacerlo, valía la pena observarla.

Y una última indicación que cabe consignar es la referente al extraordinario crecimiento del suelo de la ciudad en este lugar, por la parte exterior del recinto romano. Tenemos nada menos que un crecimiento de 3,70 m. : los 2,70 de altura de muralla conservada (prescindiendo naturalmente de las cimentaciones), más 1 m. hasta llegar al nivel actual de la calle, superior al observado en la Tapinería y en el antiguo «carrer» de Basea (Subteniente Navarro), donde alcanza poco más de 2 m., y en algunos puntos menos todavía. Pero este crecimiento, por lo menos en este lugar, se produjo en tiempos posteriores a la antigüedad; basta recordar los muros medievales de construcciones que vinieron a adherirse a la muralla cuando estaba ya fuera de uso, es decir, carecía ya de valor militar, y que podrían remontar a los tiempos del gran crecimiento urbano posteriores a la álgara de Almanzor, tiempos en los que el nivel del suelo parece era aproximadamente igual al del momento de la erección de la muralla, puesto que aquellos muros alcanzan en profundidad exactamente el pie de la misma. Este hecho queda precisamente explicado por la utilización militar de la muralla hasta aquel momento, lo que obligada a mantener limpio su pie o sus fosos, caso que los tuviese, cosa que todavía ignoramos.

Desgraciadamente hubo que tener en cuenta la estrechez del lugar en el que podían efectuarse los trabajos, y también la necesidad de no prolongarlos excesivamente en el tiempo, lo que limitó los resultados a los que acabamos de consignar.